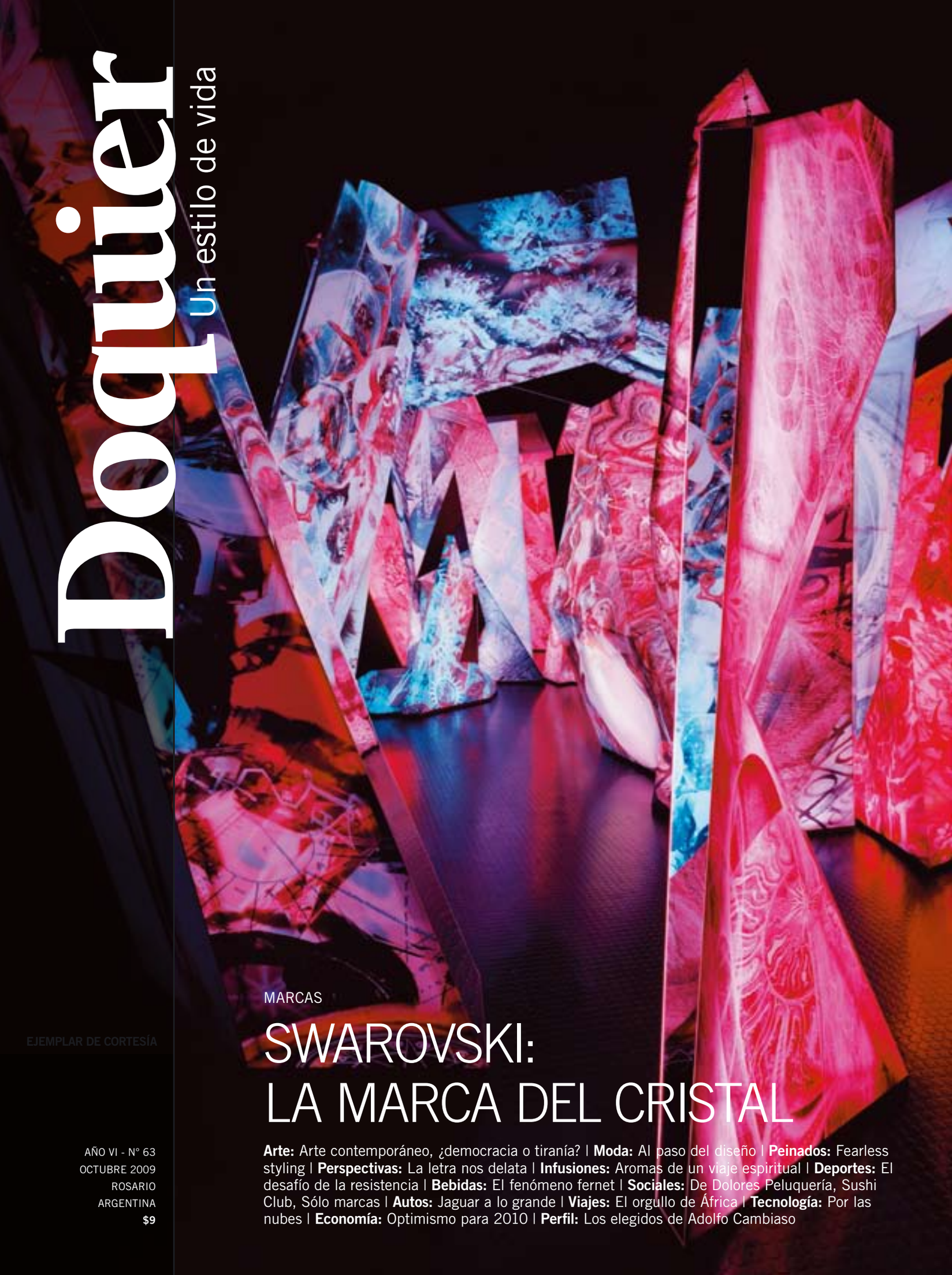
Doquier

Un estilo de vida



MARCAS

SWAROVSKI: LA MARCA DEL CRISTAL

Arte: Arte contemporáneo, ¿democracia o tiranía? | **Moda:** Al paso del diseño | **Peinados:** Fearless styling | **Perspectivas:** La letra nos delata | **Infusiones:** Aromas de un viaje espiritual | **Deportes:** El desafío de la resistencia | **Bebidas:** El fenómeno fernet | **Sociales:** De Dolores Peluquería, Sushi Club, Sólo marcas | **Autos:** Jaguar a lo grande | **Viajes:** El orgullo de África | **Tecnología:** Por las nubes | **Economía:** Optimismo para 2010 | **Perfil:** Los elegidos de Adolfo Cambiaso

EJEMPLAR DE CORTESÍA

AÑO VI - N° 63
OCTUBRE 2009
ROSARIO
ARGENTINA
$9















Escapando de la ciencia, el arte ha emprendido un camino sin retorno. El talento manual importa mucho menos que la conceptualización del mensaje, se desprecia hasta la belleza, y la interpretación de una obra exige un conocimiento previo reservado para unos pocos.

Por Lucio M. Traficante

Cuenta una célebre anécdota, que «a mediados del siglo XX, un afamado artista moderno caminaba por las calles de su ciudad cuando se topó con un vagabundo que imploraba por una limosna para poder comer. El artista sacó una libreta y un lápiz de su abrigo y arrogantemente estampó su cotizada firma sobre un papel que luego entregó a esta alma desconsolada. El vagabundo sólo tendría que haber vendido esa presunta obra de arte para poder gozar de mucho más que un suculento almuerzo. En cambio, lejos de los círculos de la vanguardia moderna e indiferente a lo que poseía entre sus manos, tiró el papel y maldijo a aquel desconocido que tenía frente a sus narices…»

«Todo lo que escupe un artista es arte» sentenciaban con omnipotencia los artistas dadaístas a principios del siglo XX. Paradójicamente, cuatro siglos atrás, en el año 1508, Miguel Ángel Buonarotti iniciaba la decoración de los frescos de la Capilla Sixtina por orden del Papa Julio II. Detrás de aquella maravillosa obra pictórica, que cambiaría por

siempre el rumbo de la historia del arte, yacía una explicación visual de la Creación para un público mayoritariamente analfabeto y, por lo tanto, incapaz de leer la historia bíblica o, si sabía hacerlo, incapaz de imaginar el dramatismo de la historia de una manera tan palpable.

Miguel Ángel concluyó su obra en 1512, luego de cuatro años de exhaustivas jornadas de trabajo. Pintaba solo y a oscuras, tendido de manera horizontal en un andamio a más de veinte metros del piso. Sus ojos y su columna sufrieron graves trastornos que lo asediarían por el resto de su vida. Pero valió la pena. Con su talentosa pincelada supo plasmar los vocablos universales de una pintura que transciende almanaques y fronteras de cualquier corazón humano, equilibrando belleza y funcionalidad en un mismo trazo.

A pesar del realismo de las figuras creadas por Buonarotti, su composición pictórica no resultaba descriptiva sino imaginaria, no era informativa sino sugestiva, no era prosa sino poesía. Algunos historiadores del arte sostienen al respecto que la invención de la fotografía terminó con la autoridad de la pintura para reproducir la realidad. El realismo se volvió obsoleto frente a este moderno y popular medio de expresión que permitía al más modesto de los aficionados sentir el enorme goce de crear una representación instantánea y fiel de su propia realidad.

Fue así como, irónicamente, mientras los científicos del siglo XX partían de los descubrimientos de sus antecesores para elevarse hasta las más altas cumbres de la ciencia, los artistas modernos cuestionaron y rechazaron los hallazgos legados por sus grandes maestros, como Leonardo y Miguel Ángel y, aterrorizados, emprendieron un camino sin retorno por un arte cerrado en sí mismo y despreocupado por la impresión que pudiera producir en la percepción ajena.

Depuración y conceptualización

Las vanguardias artísticas del siglo XX se sucedieron a pasos agigantados. El arte experimentó un vertiginoso proceso de «depuración» en donde poco a poco comenzaron a desaparecer los objetos referenciales, las líneas, los colores, las formas, los contornos, los pigmentos, las pinceladas, las evocaciones. Surgió el arte por el arte mismo, la forma y el color por amor exclusivamente a la forma y el color. Se perdió la interpretación espontánea de la obra por parte del espectador, para sólo poder apreciarla mediante un entendimiento previo de la misma. El talento manual del artista fue relegado por su capacidad mental para conceptualizar el mensaje que deseaba expresar.

Hoy cualquiera puede decir que algo es bello, pero irónicamente sólo si tiene suficiente poder puede difundir su juicio y convertirlo en cultura.

La definición de artista como ser humano excepcional, que dedica su vida al servicio de las artes, plasmando con su talento singular e irrepetible los caracteres culturales de una época, había desaparecido. Este título, que en un principio había sido un privilegio al que sólo unos pocos podían acceder a través de la genialidad de sus obras, se convirtió en rótulo de quien quisiera autodenominarse artista y gozar de fama y privilegios, pero nunca de gloria e inmortalidad. Ya nadie reparaba en su producción artística, él mismo era la obra de arte.

Progresivamente, el arte se fue desangrando en un esfuerzo por renovarse al ritmo de los avances tecnológicos de la modernidad. Se disolvió en una veloz búsqueda de originalidad, «…llevó a cabo su pirueta final, ascendió más y más arriba por un espiral sin fin que sólo decrecía para estrecharse y, en un acto final de libertad, en una última reacción vital previa al estado fósil, desapareció en la cima de su apertura fundamental… Y surgió en el otro extremo convertido en Teoría del Arte», afirmaba el reconocido escritor y periodista estadounidense, Tom Wolfe.

Lejos habían quedado los tiempos de Miguel Ángel y su gloriosa Capilla Sixtina. La tecnología había evolucionado a pasos agigantados



y la visión que el ser humano poseía de su mundo no era precisamente la misma de cuatro siglos atrás. Posiblemente, y gracias a estos avances, un artista del siglo XX hubiese requerido de mucho menos tiempo y esfuerzo para plasmar una interpretación moderna de la realidad en frescos con una monumentalidad similar a aquellos de la Capilla Sixtina. Sin embargo, el mundo debería conformarse con obras como el mingitorio de Marcel Duchamp o el cuadrado blanco sobre fondo blanco de Kasimir Malevich.

El arte de muchos...

«Todo arte profundamente original parece feo al principio» justificaban los célebres críticos del siglo XX dando lugar a un libre juego estético en donde todo era posible. Muchas veces, los cánones de belleza son establecidos mediante el poder. Es cierto que cualquiera puede decir que algo es bello, pero irónicamente sólo si tiene poder puede sostenerlo. Puede difundir su juicio entre personas dispuestas a escucharlo y convertirlo en ley, norma o «cultura». Y hasta puede influir notablemente en muchas de estas almas para convertirlas en fieles seguidoras que transmitan su veredicto y lo sostengan con fervor y convicción.

Naturalmente, estas actitudes apartan al arte de su corriente principal, le confieren un aura de ser especial y delicado, lo reservan para una elite y de esta manera niegan la influencia que el ser humano ejerce sobre él a través de su vida en este mundo. Deja de ser un arte representativo para ser individualista. Deja de definir a muchos para definir tan sólo a unos pocos y así, el arte que en un principio había sido de unos pocos para muchos se convierte en un arte de muchos pero tan sólo para unos pocos

¿Arte contemporáneo?

Por Roberto Echen | Director artístico del Museo Castagnino+MACRO
www.rechen.com

Es muy difícil postular una definición de lo contemporáneo, salvo la tautológica: contemporáneo es lo que está ocurriendo. De ahí en más todo se torna borroso, justamente porque está ocurriendo ahora. Sobre todo en este ahora de un campo como el del arte.

Sin embargo, se puede vislumbrar –hoy– al menos lo que no es el arte contemporáneo. Lo que no sostiene el (y al) arte hoy es la pretensión (moderna si las hay) de vanguardia, de verdad superadora que dejaría a todas las otras «verdades» anteriores desenmascaradas como falsas.

Algo que no se puede y no se quiere postular hoy desde el campo del arte es la restricción a un modo, un dispositivo –ni siquiera un conjunto de técnicas ni, incluso, de tecnologías–, un lenguaje.

Si algo podría empezar a pensar el arte de hoy son los conceptos de apertura, dispersión, hasta –de un modo más extremo, poniéndolo al borde de su propia clausura– el concepto de diseminación (en sentido derridiano).

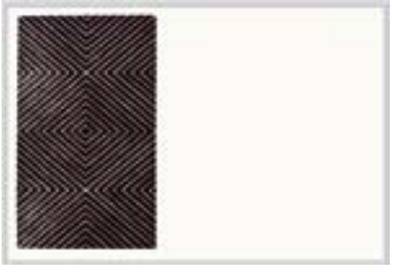
Por supuesto, no se trata de in-diferencia.

No todos los modos y los lenguajes aparecen y coexisten en una misma topografía. Más bien hay una topología de imbricaciones diversas entre las trayectorias y las emergencias de hechos artísticos diferentes y espacios diferenciales en los que se hacen visibles.

Pero esto tiende a constituir una especie de red (no homogénea y con nodos no-equivalentes, pero sí abierta y no susceptible de ser pensada como totalidad y mucho menos como sistema).

Puede que esta situación tenga que ver con lo que Danto define como fin del arte, en tanto concepto recortado históricamente y que, si tuvo un instante de aparición (un nacimiento) hace alrededor de quinientos años, puede tener (estar teniendo o haberlo –ya– tenido) un momento que marque su fin, su muerte como concepto y modo de pensar ciertos productos.

Lo que es inevitable es el hecho de que estamos allí –aquí– atravesados por (y atravesando) estos modos de hacer a los que llamamos –sin saber bien qué queremos decir– arte contemporáneo.



El tiempo dirá

Por Carla Llobeta | Artista Plástica
www.carlallobeta.com.ar

No veo el porqué de una contraposición entre un arte «clásico-tradicional» y otro «moderno-vanguardista». Me parece una lucha absurda. Simplemente son diferentes y debe haber lugar para toda obra y para todo artista. Si algo es arte o no, ¿quién puede sentenciarlo? Son veredas de una misma calle. ¡Pueden convivir!

Creo que frente a una obra de arte, cualquiera sea, toda persona tiene la oportunidad, si quiere y si puede, de hacer una experiencia estética: acceder, aunque sea por unos instantes, a percepciones más profundas y originales que las habituales. Si decide pasar indiferente, es su decisión. Si decide dejarse tocar por ese soplo, de algún modo quedará enriquecido, aunque interiormente sienta un «no me gusta», o «no es para mí».

En definitiva, el pueblo y el tiempo (la historia) dejarán caer naturalmente lo que no haya sido artísticamente válido y revalorizará lo auténtico.

Pienso que el artista debe ser totalmente sincero, transparente y generoso en comunicar lo que siente y lo que es, en su aquí y en su ahora, motivado por su necesidad de crear y expresarse, según su talento, su preparación, y a partir de su propia y singular concepción del mundo, o de «su» mundo, independiente de todo mandato de la moda, de las teorías impuestas, del mercado o de lo que las gestiones políticas-culturales de turno promuevan. Y si a veces parece que no hay espacio para todos, solo para unos pocos, entonces los espacios pueden ser creados, con la autogestión o con gestiones grupales independientes.

El arte, como todo en la vida, tiene horizontes amplios, cambia, se recrea, se renueva, crece. De diferentes maneras, porque no hay artista igual a otro.